

ELLIS PETERS

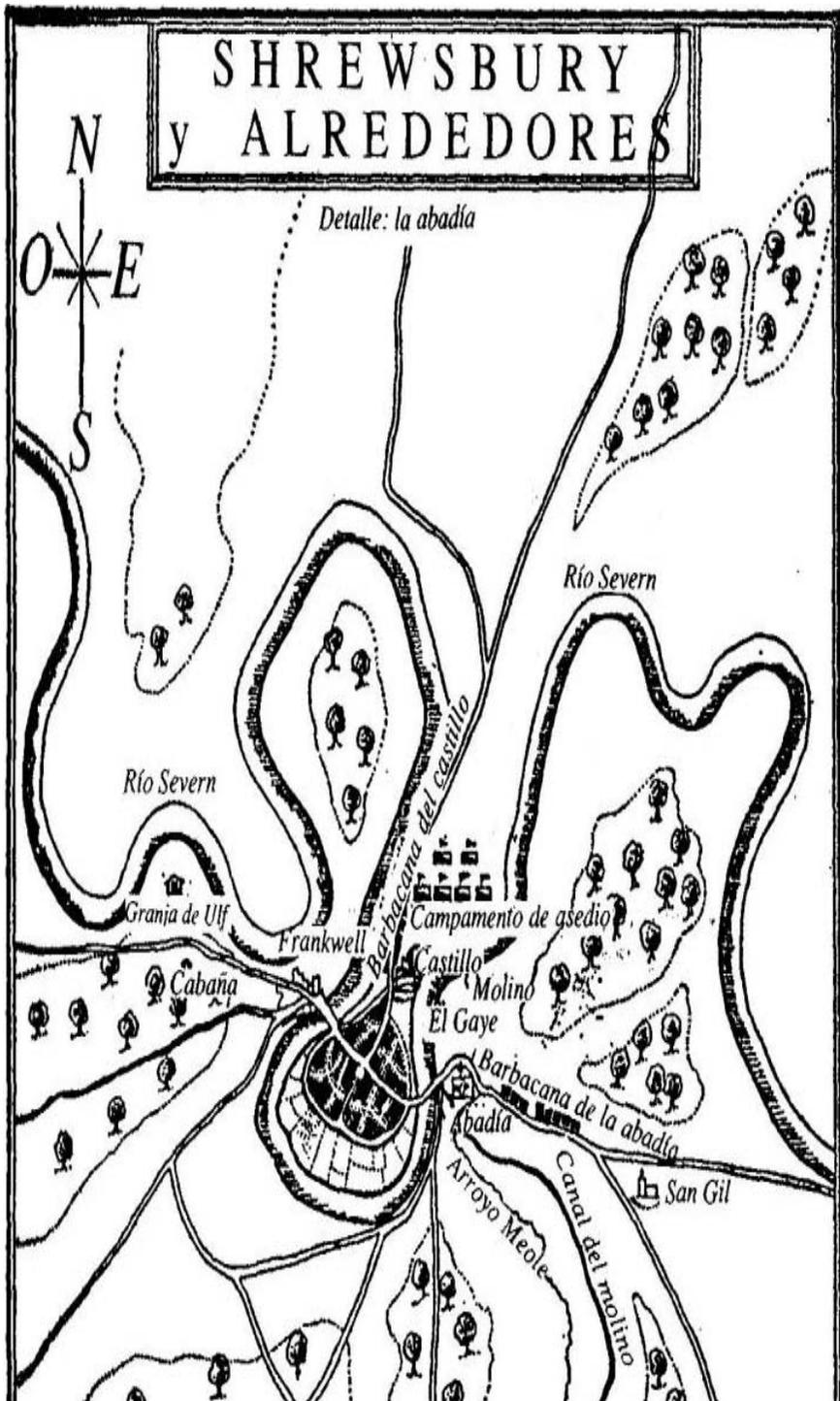


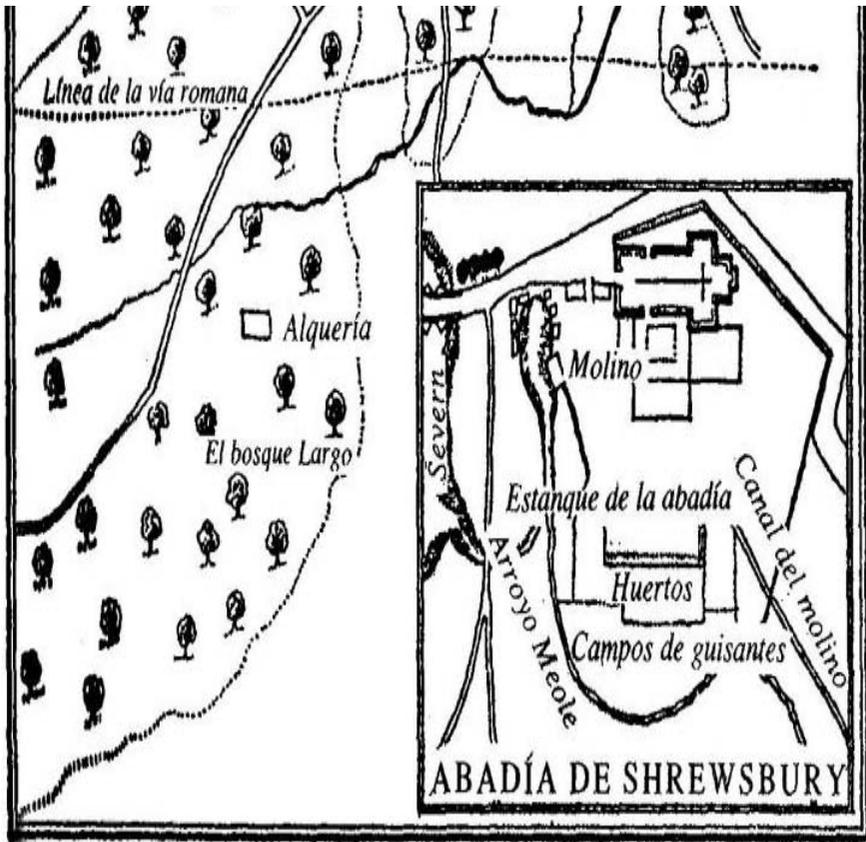
Fray Cadfael 13

El tributo de la rosa

A la muerte de su esposo, la joven viuda Judit Perle cede una de sus propiedades, una casa en el barrio de la Barbacana, a la abadía de Shrewsbury. Sólo pide a cambio que, cada año, el día en que se conmemora la traslación de los restos de Santa Winifreda, se le entregue una rosa blanca. Una viuda joven y rica tiene que despertar forzosamente el interés de muchos potenciales pretendientes; sobre todo, si revertiera a ella la casa de la Barbacana por incumplimiento del pacto por parte de la abadía.

Y hay alguien dispuesto a conseguirlo: en el verano de 1142, la rosa aparece violentamente destrozada y su portador, un joven monje, asesinado. Los sospechosos son casi tantos como los pretendientes. Fray Cadfael, con un profundo conocimiento de los seres humanos, sabrá separar la virtud de la maldad y resolver un caso desconcertante, uno de los más difíciles de su prolongada actividad como monje y detective.





## I



Debido al intenso frío que se había prolongado hasta bien entrado el mes de abril y apenas se había suavizado cuando comenzó el mes de mayo, todo estaba un poco retrasado y adormilado aquella primavera de 1142. Los pájaros apenas se alejaban de los tejados, buscando lugares cálidos donde posarse. Las abejas que durmieron hasta muy tarde, vaciaron su despensa de provisiones y ahora necesitaban alimento, pero tampoco había tempranos capullos que pudieran aprovechar. En los huertos hubiera sido inútil plantar semillas, que se pudrirían o serían devoradas en un terreno demasiado gélido como para engendrar vida.

Los asuntos de los hombres, bajo los efectos del mismo frío paralizante, parecían sumidos en un estado de letargo. Los distintos bandos contenían la respiración. El rey Esteban, tras el inicial alborozo por su liberación de la prisión y el viaje que había emprendido al norte por Pascua, para tratar de remendar los hilos de su maltrecha influencia, había caído gravemente enfermo en el sur y los rumores de su muerte se habían extendido por toda Inglaterra. Su prima y rival, la emperatriz Matilde, había sentado cautelosamente sus reales en Oxford, esperando pacientemente, aunque en vano, que dichos rumores se confirmaran, cosa en la cual el rey se negó obstinadamente a colaborar. Aún tenía cuestiones pendientes con la dama y ni si quiera aquel violento ataque de fiebres pudo con la fortaleza de su constitución. A finales de mayo, recobró la salud y, a principios de junio,

se inició finalmente el deshielo. El cortante viento se trocó en una suave brisa, el sol iluminó la tierra como una tibia mano que la acariciara, las semillas se agitaron en la tierra y produjeron verdes hojas, y una inmensa profusión de flores, incluso más exuberantes por el solo hecho de haber estado tanto tiempo refrenadas, estalló en toda una variada gama de dorados, púrpuras y blancos en los huertos y en los prados. La tardía siembra comenzó con jubilosa presteza. Y el rey Esteban, como un gigante que se hubiera librado de un encantamiento, salió de su convalecencia y emprendió una enérgica acción, marchando sobre el puerto de Wareham, el más oriental que todavía se hallaba en poder de sus enemigos, y tomó la ciudad y el castillo sin apenas haber sufrido un rasguño.

—Y ahora se dirige nuevamente al norte, hacia Cirencester, para tomar las avanzadas de la emperatriz una a una, siempre y cuando consiga conservar esta desbordante energía —dijo Hugo Berengario, alborozado ante aquella noticia. Uno de los defectos más desastrosos de la actuación militar del rey era el de no poder mantener una acción durante mucho tiempo, cuando no lograba resultados inmediatos, y abandonar un asedio al cabo de tres días para ir a otra parte a iniciar otro, desperdiciando la energía empleada en ambas empresas—. ¡Puede que aún consigamos cosechar considerables frutos!

Fray Cadfael, preocupado por cuestiones más vulgares, estaba examinando la franja situada al otro lado del muro de su huerto de plantas medicinales, tras haber introducido experimentalmente un dedo en la tierra algo más oscura y reblandecida después de un ligero aguacero matinal.

—Normalmente, las zanahorias ya hubieran tenido que brotar hace más de un mes y los primeros rábanos serán tan fibrosos y resacos como el cuero viejo, aunque quizá a partir de ahora obtengamos cosas un poco más jugosas. Menos mal que la floración de los árboles frutales se retrasó hasta que las abejas empezaron a despertarse, pero, aun

así, la cosecha de este año será bastante floja. ¿Wareham habéis dicho? ¿Qué ocurre en Wareham?

—Pues que el rey ha tomado la ciudad, el castillo y el puerto. Por consiguiente, Roberto de Gloucester, que salió por aquella puerta apenas diez días antes, ahora se la encontrará cerrada. ¿No os lo había dicho? La noticia se recibió hace tres días. Al parecer, en abril se celebró una reunión en Divizes entre la emperatriz y su hermano, y ambos llegaron a la conclusión de que ya era hora de que el esposo de la dama prestara un poco más de atención a sus asuntos y viniera personalmente a ayudarla a apoderarse de la corona de Esteban. Mandaron emisarios a Normandía para entrevistarse con Godofredo, pero éste encargó decir que estaba dispuesto a colaborar, si bien, como no conocía ni el nombre ni la fama de los hombres que le habían enviado, no se fiaba mucho de ellos y sólo accedería a tratar con el propio conde de Gloucester. Si Roberto no viene, dice Godofredo, será inútil que me mandéis a otro.

Cadfael se distrajo momentáneamente de sus adormiladas cosechas.

—¿Y Roberto se dejó convencer? —preguntó, sorprendido.

—Muy a regañadientes. Temía confiar su hermana a las lealtades de algunos que casi estuvieron dispuestos a abandonarla después del desastre de Westminster, y dudo que abrigue grandes esperanzas de conseguir algo del conde de Anjou. Zarpó de Wareham con menos dificultades de las que tendrá para regresar al mismo puerto ahora que el rey se lo ha apropiado. Fue una acción muy rápida y provechosa. ¡Ojalá la conserve!

—Celebramos una misa de acción de gracias por su restablecimiento —dijo Cadfael con aire ausente, arrancando unos larguiruchos tallos de cerraja que habían crecido entre su menta—. ¿Cómo es posible que estas malas hierbas crezcan tres veces más rápido que las plantas que tan amorosamente cuidamos? Hace tres días, eso ni siquiera había

nacido. Si las coles brotaran así, mañana ya las estaría cosechando.

—No cabe duda que vuestras plegarias fortalecerán la determinación de Esteban —dijo Hugo sin excesiva convicción—. ¿Aún no os han asignado a un ayudante para el huerto? Ya sería hora, pues en la estación estival las tareas se multiplican.

—Lo he pedido en el capítulo de esta mañana. Cualquiera sabe lo que me ofrecerán. El prior Roberto tiene entre los más jóvenes a uno o dos que gustosamente me cedería. Por fortuna, los que él menos aprecia suelen ser los que más destacan por su ingenio y su brío. Esperemos que tenga suerte con mi aprendiz.

Cadfael enderezó la espalda y contempló los planteles recién removidos y los campos de guisantes que descendían hacia el arroyo Meole, echando mentalmente una indulgente mirada a sus más recientes ayudantes en el herbario. El alto, gallardo y apuesto fray Juan que había tomado el hábito por error y lo había abandonado, con la connivencia de unos amigos suyos de Gales, cambiando el papel de monje por el de esposo y padre; fray Marcos, que había ingresado en la abadía como un tímido y silencioso jovencuelo de dieciséis años muy maltratado por la vida y había alcanzado la clara y serena madurez espiritual que inevitablemente lo condujo hacia el sacerdocio. Cadfael todavía echaba de menos a fray Marcos, adscrito ahora a la capilla doméstica del obispo de Lichfield tras haber sido ordenado diácono. Después de fray Marcos, el alegre y confiado fray Oswin se había ido a cumplir su año de servicio en el lazareto de San Gil, situado a las afueras de la ciudad. ¿Quién vendría a continuación?, se preguntó Cadfael. Por mucho que se vista a doce jóvenes con el mismo hábito negro deslustrado, se les rape la cabeza, se les someta al mismo horario día tras día y año tras año, seguirán siendo irremediablemente distintos y cada uno de ellos será un individuo singular e irreplicable. ¡A Dios gracias!

—Cualquiera que sea el que os envíen —dijo Hugo, acompañándole en su paseo por la ancha senda verde que rodeaba los estanques de los peces—, vos lo habréis transformado cuando os deje. ¿Por qué tuvieron que desperdiciar a un santo tan dulce y sencillo como Rhun, enviándolo a vos? Él ya está hecho, vino al mundo ya hecho. A vos os tienen que enviar a los tercos e inestables para que los moldeéis. Aunque no siempre se consigue la forma esperada —añadió, esbozando una radiante sonrisa mientras miraba de soslayo a su amigo.

—Rhun ha asumido la tarea de custodiar el altar de santa Winifreda —dijo Cadfael—. Y pone en ello un empeño muy especial. Él mismo elabora los cirios y me pide esencias para perfumarlos. No, Rhun encontrará el servicio que más se adapte a sus cualidades, y nadie se interpondrá en su camino. Él y la santa se encargarán de que así sea.

Cruzaron el pequeño puente tendido sobre el canal que alimentaba los estanques y el molino y salieron a la rosaleda. Los podados arbustos aún no se habían desarrollado demasiado, pero, al final, habían empezado a brotar los primeros capullos y las verdes vainas estaban empezando a mostrar algunos retazos de rojo o de blanco.

—Ahora se abrirán en seguida —dijo Cadfael, muy contento—. Lo único que necesitaban era un poco de calor. Me estaba empezando a preguntar si la viuda Perle recibiría su tributo a tiempo este año, pero si éstas ya están empezando a recuperar el tiempo perdido, las blancas también lo harán. ¡Sería un año muy triste si no hubiera rosas el veintidós de junio!

—¿La viuda Perle? ¡Ah, sí, la chica de los Vestier! —dijo Hugo—. ¡Ya me acuerdo! Hay que entregarla el día de la traslación de santa Winifreda, ¿verdad? ¿Cuántos años han transcurrido desde que hizo la donación?

—Ésta será la cuarta vez que le pagamos el tributo anual. Una rosa blanca de ese arbusto del viejo jardín de su casa, entregada el día de la traslación de santa Winifreda...

—De la presunta traslación de santa Winifreda —puntualizó Hugo con una sonrisa—. Deberíais ruborizaros al mencionarla<sup>[1]</sup>.

—Ya lo hago, pero, con la tez tan morena que tengo, no se nota.

Cadfael poseía, en efecto, un sonrosado color cobrizo, confirmado por largos años de vida al aire libre tanto en Oriente como en Occidente y ahora tan profundamente arraigado que los inviernos simplemente lo empañaban un poco, aunque los veranos le devolvían invariablemente el brillo.

—Exige muy poco —observó Hugo con aire pensativo cuando llegaron al segundo puente de tablones tendido sobre el canal, que cubría las necesidades de la hospedería—. Casi todos los prósperos mercaderes de nuestra ciudad atribuyen a las propiedades un valor muy superior al de las rosas.

—Ella ya perdió lo que más valoraba —dijo Cadfael—. El esposo y el hijo en sólo veinte días. El marido murió y ella malparió. No podía soportar vivir sola en la casa donde ambos habían sido tan felices juntos. Precisamente porque la valoraba, la quiso entregar a Dios en lugar de conservarla junto con el resto de unas propiedades lo suficientemente vastas como para permitirle vivir sin ninguna estrechez, no sólo a ella, sino también a todos sus parientes y servidores. Las rentas de la casa son suficientes para pagar la iluminación y las colgaduras y lienzos del altar de Nuestra Señora durante todo el año. Así lo dispuso ella. Pero quiso conservar un solo vínculo con su antigua casa... una rosa cada año.

—Edredo Perle era un hombre extremadamente apuesto —dijo Cadfael, sacudiendo la cabeza al pensar en la vulnerabilidad de la hermosura—. Lo vi en los puros huesos y con una fiebre abrasadora que no pude enfriar. Esas cosas no se olvidan.

—Habéis visto a muchos en el mismo estado —dijo Hugo— tanto aquí como en los campos de Siria hace tiempo.

—¡Muy cierto, muy cierto! Pero ¿me habéis oído decir alguna vez que haya olvidado a cualquiera de ellos? No obstante, un hombre joven y apuesto, marchitado antes de hora, antes incluso de haber alcanzado la flor de la vida, sin poderle dejar a su esposa ni un hijo que le recordara... estaréis de acuerdo conmigo en que el caso es especialmente penoso.

—Ella es joven —dijo Hugo con indiferente espíritu práctico, pensando ya en otras cosas—. Debería volverse a casar.

—Eso opinan muchos mercaderes de la ciudad —convino Cadfael, con una burlona sonrisa—, siendo la dama tan rica y, además, la única propietaria del negocio de paños de los Vestier. No obstante, después de lo que perdió, dudo mucho que mire con buenos ojos a un viejo tacaño como Godofredo Fuller que ya ha enterrado a dos esposas, sacando unos buenos beneficios de ambas, y ya tiene la vista puesta en una tercera fortuna con la siguiente. ¡O que se encapriche de un joven en busca de una vida cómoda!

—¿Como quién? —le espoleó Hugo, divertido.

—Os podría mencionar a dos o tres. En primer lugar, el hijo de Guillermo Hynde, si los rumores no mienten. El mozo, que trabaja como capataz de sus tejedores, es un joven muy bien parecido y aspira a probar suerte con ella. Incluso su vecino el talabartero busca esposa según me han dicho y cree que la viuda no le vendría nada mal.

Hugo estalló en una alegre carcajada y le dio a Cadfael unas fuertes palmadas en los hombros cuando ambos salieron al gran patio donde ya se advertía el sereno ir y venir que solía preceder a la misa.

—¿Cuántos ojos y oídos tenéis en las calles de Shrewsbury? Ojalá mis informadores supieran la mitad de lo que vos sabéis. Lástima que vuestra influencia no se extienda hasta Normandía. Entonces podría enterarme de lo que se

proponen allí Roberto y Godofredo. Aunque me parece que a Godofredo le interesa más ampliar su dominio en Normandía que perder el tiempo en Inglaterra —añadió, poniéndose nuevamente serio y retomando sus propias inquietudes—. Por lo que se dice, está haciendo rápidas incursiones por allí y no es probable que ahora quiera retirarse. Lo más seguro es que intente convencer a Roberto de que le eche una mano en lugar de ofrecer él su ayuda a Roberto.

—Desde luego, demuestra muy poco interés por su esposa y sus aspiraciones —convino secamente Cadfael—. En fin, ya veremos si Roberto consigue convencerle. ¿Vendréis a misa esta mañana?

—No, mañana nos vamos a Maesbury donde permaneceremos una o dos semanas. Ya hubieran tenido que empezar el esquila hace días, pero lo retrasaron un poco a causa del frío. Ahora ya estarán en plena faena. Dejaré a Aline y Gil para que pasen el verano allí. Pero yo iré y vendré en caso de necesidad.

—Un verano sin Aline y sin mi ahijado no es una perspectiva que se me pueda comunicar de una manera tan brusca y sin ningún preámbulo —dijo Cadfael en tono de reproche—. ¿No os da vergüenza?

—¡Ni por asomo! Porque he venido, entre otras cosas, para invitaros a cenar esta noche con nosotros antes de que salgamos mañana a primera hora. El abad Radulfo ha dado su permiso y su bendición. Id a rezar para que tengamos buen tiempo y un viaje tranquilo —dijo Hugo cordialmente, dándole a su amigo un vigoroso empujón hacia la esquina del claustro y el pórtico sur de la iglesia.

Fue una pura casualidad o tal vez una muestra de aquel extraño fenómeno por el cual la realidad surge pisándole los talones al recuerdo que, entre los escasos fieles congregados en la zona de la iglesia destinada a la parroquia para

asistir a la misa conventual, se hallara la viuda Perle. Siempre había algunos seglares de rodillas más allá del altar parroquial; algunos que, por distintas razones, se habían perdido la misa parroquial, otros que eran viejos y estaban solos y ocupaban el tiempo que les sobraba con devociones innecesarias y otros que necesitaban hacer súplicas especiales y buscaban oportunidades adicionales para acercarse a la Gracia. Incluso algunos que tenían otros asuntos que resolver en la Barbacana y buscaban un refugio para meditar en silencio, como era el caso de la viuda Perle.

Desde su sitial del coro, Cadfael alcanzaba a ver el delicado perfil de su cabeza, hombro y brazo más allá de la mole del altar parroquial. Le llamaba la atención el hecho de que una mujer tan reposada y discreta como ella pudiera resultar tan instantáneamente reconocible a través de una visión fragmentaria. A lo mejor, era por el erguido porte de sus hombros o por la mata de cabello castaño que le cubría el rostro, reverentemente inclinado sobre las manos entrelazadas y ocultas de la vista de Cadfael por el altar. Tenía apenas veinticinco años y sólo había disfrutado de tres años de venturoso matrimonio, pero llevaba su solitaria y retirada vida sin alharacas ni quejas, atendía escrupulosamente los asuntos de un negocio que no le deparaba el menor placer personal y se enfrentaba con la perspectiva de la perpetua soledad con semblante sereno y unas asombrosas reservas de energía y sentido común. En la felicidad y en la desgracia, la vida es un deber que debe cumplirse a conciencia.

De todos modos, pensó Cadfael, menos mal que no está totalmente sola, pues la hermana de su madre le lleva la casa ahora que ella vive, como quien dice, en la tienda, y su primo es un honrado capataz que la ayuda a llevar el negocio y le quita de encima las cargas más pesadas. Ceder voluntariamente su más preciada propiedad, la casa donde había sido feliz, y no pedir a cambio más que un simple recuerdo: una rosa cada año como arriendo de la casa y el

jardín de la Barbacana donde había muerto su esposo, había sido el único gesto de pasión, dolor y pérdida que jamás hubiera hecho.

Nacida como Judit Vestier, la única heredera del mayor negocio de tejidos de la ciudad, Judit Perle no era hermosa, sin embargo, poseía una prestancia física capaz de llamar la atención incluso entre la multitud de un mercado, pues su estatura era superior a la normal en una mujer y tanto su erguido porte como sus andares poseían una gracia muy particular. Los grandes bucles de su sedoso cabello castaño claro, del mismo color que la madera curada de roble, enmarcaban un pálido rostro que desde la ancha y despejada frente, descendía hacia la barbilla, pasando por unos pronunciados pómulos, unas hundidas mejillas y una elocuente y móvil boca demasiado grande para ser bonita, aunque de elegantes perfiles. Sus claros y grandes ojos de intenso color gris no revelaban ni ocultaban nada. Cadfael la había mirado a los ojos cuatro años atrás desde el otro lado del lecho de muerte de su esposo, y la joven no había entornado los párpados ni apartado la vista, sino que la había mantenido fija y sin pestañear mientras la felicidad de su vida se le escapaba irremediabilmente entre los dedos. Dos semanas más tarde, malparió y perdió también a su hijo. Edredo no le había dejado nada.

Hugo tiene razón, pensó Cadfael, tratando de centrar su atención en la liturgia. Es joven y tendría que volver a casarse.

La luz de julio que ahora se estaba acercando a las radiantes horas centrales del día, iluminaba con sus largos y dorados rayos las filas de los monjes y los novicios, inundando medio rostro aquí y dejando el otro medio sumido en una exagerada sombra, lo cual daba lugar a que los deslumbrados ojos se vieran obligados a parpadear. La bóveda recibía los difusos reflejos en medio de un suave resplandor apagado que ponía de relieve las curvadas hojas de los pintantes de piedra. La música y la luz sólo parecían conjugar-

se allí en el cénit. Al final, el verano estaba empezando a penetrar tímidamente en el templo tras un prolongado letargo.

Cadfael tuvo la impresión de no ser el único cuya mente estaba divagando en lugar de estarse quieta como hubiera sido su obligación. Fray Anselmo, el chantre, absorto en los cánticos, elevó un arrobado rostro hacia el sol y cerró los ojos, pues se conocía todas las notas sin necesidad de consultarlas o pensarlas. Pero, a su lado, fray Elurico, custodio del altar de Santa María, en la capilla de Nuestra Señora, respondía distraídamente, con la cabeza dirigida hacia el altar parroquial y los suaves murmullos de las respuestas de los fieles.

Fray Elurico era un niño del claustro que todavía no gozaba de todas las prerrogativas de un monje y había recibido aquel encargo concreto en reconocimiento a sus indudables méritos, aunque con las habituales reservas que normalmente suscitaba el hecho de admitir a los oblatos a las plenas funciones, hasta que no hubieran transcurrido unos años y hubieran demostrado su madurez. Unas reservas absurdas, pensaba siempre Cadfael, pues los niños oblatos eran considerados unos perfectos inocentes, de pureza equiparable a la de los ángeles, mientras que los llamados *conversi*, es decir, los que abrazaban voluntariamente la vida monástica en la madurez, eran los santos militantes que habían resistido y dominado sus propias imperfecciones. Así los había clasificado san Anselmo, ordenándoles que jamás intentaran hacerse mutuos reproches ni sintieran envidia los unos de los otros. Aun así, los *conversi* tenían siempre prioridad sobre sus hermanos para las funciones de responsabilidad, tal vez por sus conocimientos directos de los engaños, las complejidades y las tentaciones del mundo que los rodeaba. No obstante, el cuidado de un altar, de su iluminación, de sus lienzos y colgaduras y de las correspondientes plegarias especiales, se podían encomendar sin temor a un inocente.